

LA TARDE

ANO XXIII

DE LORCA

N 6.012

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN :

Jueves 23 de Febrero de 1931

Aspectos

LA CÁRCEL DE LORCA

Escasos días y por razones o motivos que no vienen al caso, tuvimos ocasión de visitar la cárcel de Lorca, y conocer personalmente a su caballeroso director.

El vetusto edificio situado en uno de los barrios altos de la ciudad, no fue creado para cárcel; caserón destartado que cuenta algunos siglos de existencia, por su solidez y capacidad se destinó a prisión cuando desaparecieron los antiguos Pósitos, según creemos, sin que reuniera otras condiciones recomendables que sus grandes naves y gruesos muros. Por lo demás, la prisión lorquina ha sido años y años una verdadera pocilga, un antro detestable cruelmente antihigiénico, acusador de la brutalidad y carencia de humanismo de autoridades altas y bajas que jamás se preocuparon del infeliz recluso a quien juzgaban digno y merecedor del inmundo lugar para que él espiara sus faltas o delitos. Era la morai grosera e inhumana de nuestros abuelos que en armonía con el desdichado Código Penal del 70 aun vigente pregonando nuestro atraso en materia penal, buscaba la regeneración del delincuente, sepultándolo en vida en esas cárceles inquitatorias.

Empezó la era de las reformas en la Cárcel de Lorca, con el advenimiento de jefe de la misma del joven, entonces, don José Hernández, discípulo del gran Salillas. Las caballerosas cualidades avaleradas por la cultura, que adornaban al que hoy es Inspector regional de prisiones y desde aquella lejana época querido amigo nuestro, le captaron las simpatías de los lorquinos cultivando en ésta numerosas amistades.

El espíritu generoso y humanitario del amigo Pepe, su gran ilustración y el amor que profesaba a las teorías de su inolvidable maestro, se revelaron bien pronto, en continuas conversaciones sobre sistemas penitenciarios y en la revelación de sus vehementísimos deseos por mejorar las pésimas condiciones de esta cárcel, haciendo más piadosa, más humana la estancia en ella del recluso.

Por lo que a nosotros respecta, de tal modo coincidíamos siempre en apreciaciones y teorías, que estuvimos dispuestos desde el primer instante a prestarle la ayuda de

nuestra pluma de pobre valimiento, para la consecución del fin que perseguía; hacer reformas en la Cárcel para mejorar la situación del recluso.

Se hizo cuanto se pudo, y aún hay quien recuerda aquellas campañas en las que puse todos mis alientos y mis entusiasmos. El iniciador, pues de la transformación que viene experimentando el vetusto local, fue don José Hernández Martínez. ¡Cómo trabajó nuestro querido amigo para vencer las múltiples dificultades que se oponían a sus proyectos! Se hizo cuanto se pudo.

Después de marcharse Hernández, algo se hizo aunque poco, hasta que vino de Juez don Ramón de Páramo que reclamando también nuestra modesta ayuda, consiguió dar un gran avance a las reformas.

Desde que a Lorca vino el actual director, don Emilio el bueno, como le llaman los reclusos, todo su afán, todo su empeño, los viene poniendo al servicio de esta noble y humanitaria causa; mejorar ese local, higienizarlo, adecentarlo, en beneficio de la población penitenciaria. Hombre de espíritu selecto, amante de su carrera, acogedor de las teorías modernas en materia penitenciaria, conocedor del corazón humano y de las repugnantes lacras que manchan el cuerpo social por su tardo y perezoso paso por el camino de la civilización, este hombre que tiene todas nuestras simpatías por su modo de ser, pensar y sentir, viene dedicando todas sus energías, todas sus actividades a mejorar las condiciones de esa prisión que tan dignamente dirige.

Sabemos, y no por él, que algunas de las reformas llevadas a cabo en su tiempo, le han costado algunos sacrificios, pero es hombre que sabe apreciar perfectamente el valor que tienen la tenacidad y la constancia; y a hombres de tanta voluntad y tan dignos de ser estimados por su altruismo, hay que atenderlos, hay que ayudarles, hay que secundarlos.

Y ahora me dirijo en primer término a tí, querido Pepe, que ocupando la Alcaldía de Lorca, tanto puedes hacer por la realización de los proyectos del director de esta Cárcel. No se piden grandes sacrificios, no; son reformas tan justas como

TEATRO GUERRA

No hay función.

Mañana 27 Viernes Aristocrático

EL GRAN DESFILE

necesarias de bien poco coste, y tú, digno y caballeroso como el que más y espíritu abierto a toda acción noble y dignificadora, hombre de tu siglo y verdadero amante del progreso, sabrás cooperar en unión de los dignos miembros de la Permanente que te secundan al mejoramiento de nuestro establecimiento penitenciario. Mejorarle en lo posible, es mejorar la situación aflictiva de los privados de libertad; es hacerla menos angustiosa; es producir el bien sintiendo el goce de las satisfacciones espirituales.

JUAN DEL PUEBLO

CARTULARIO

Carta abierta a Carmen Conde

Sí, admirada amiga desconocida; el mismo día que recibí vuestro hermoso libro «Por la escuela renovada» que dieran los valencianos «Cuadernos de Cultura» y que Marín Civera me enviara, leí una noticia en uno de los pocos periódicos que llegan a este olvidado rincón. Decía: «En la sesión celebrada hoy por el Ayuntamiento de Madrid se adoptaron resoluciones relacionadas con el paro obrero en esta corte, se acordó solicitar del Gobierno que construya una nueva cárcel...». Hasta aquí la parte que nos interesa de la noticia.

Ya veis, admirada amiga, que el municipio de nuestra corte se preocupa de la situación de sus contribuyentes. Y en su preocupación resuelve los problemas casi de acuerdo con Costa; y de acuerdo casi con usted, mi apreciada amiga. Usted, coinci-

diendo con Costa, tal vez influido por él pide de manera consciente pan y escuelas. Escuelas y despensa, que dijera Costa. El municipio madrileño pudiéndolo ofrecer todo, ofrece tan solo la mitad de ello. Ofrece pan y prepara cárceles. En Madrid, donde faltan tantísimas escuelas; donde según Luis de Zulueta al iniciarse el curso se hace cola durante tres o cuatro días con sus noches respectivas a la puerta de los grupos escolares para poder alcanzar número para el ingreso de un niño. Quizás por esto el ayuntamiento prepara una nueva cárcel. La cárcel en algunos casos es una consecuencia racional de la falta de pan; en la mayoría de la falta de escuelas. Pero nuestros ayuntamientos, después del ensayo altamente democrático de Rusia, sienten un verdadero odio hacia los intelectuales porque fueron los que llevaron acabo la revolución. Y se preocupan, con su despreocupación por la enseñanza, de que estos vayan poco a poco desapareciendo. Y no advierten que, a pesar que el comunismo lo implantó la masa intelectual, también fué en una nación que sufría una cifra de analfabetismo tan aterradora como la de España; quizás más aterradora todavía. Los comunistas, sin embargo, sienten poco temor por los intelectuales. Y se preocupan del problema de la enseñanza y agudizan en sus escuelas los métodos pedagógicos a fin de que rindan los máximos resultados. No es necesario que le hable a usted de donde tomo estos principios porque sin duda conocía el magnífico libro de nuestro Rodolfo Llopis, «Como se forja un pueblo».

Escribo con el corazón dolorido, la cerado; me sangran el corazón y el espíritu. Y es que, el problema tras-

cidental de la enseñanza planteado en España, es desolador. Su difícil solución es resultado del abandono en que se le tuvo años y años. Y este resultado lógico, que de manera positiva se muestra ya, que avanza y lo arrollará todo—deseamos que sobre los despojos nazca una España más culta, más fuerte, más consciente, menos resignada, más cívica que la actual—es la única solución tal vez que a nuestra nación queda. No puedo, no me dejarían explicar más, admirada amiga. No quisiera tampoco escribirlo porque ante esta cuestión lloro de indignación.

Yo al igual que usted soy maestro. Lo soy, lo he sido siempre. Lo soy no porque tengo el título que me acredita como tal y que la mayoría de las veces es un mero accidente, sino porque siempre, aún antes de terminarla, ejercí mi carrera. Con ella gané mi pan y con ella cimenté mi casa. Y a ella me entregué en todo momento, con el fervor que para todo lo que sea apostolado hace falta. Me acogí, como la mayoría, a unas oposiciones. Así quedaba contestado el interrogante del futuro. Pasé por ellas y vine de maestro a una aldea. Una de esas aldeas de que usted habla en su libro donde ni casi correo llega, una de esas aldeas sin ferrocarril, sin carretera, sin camino vecinal, sin siquiera luz eléctrica; una de esas aldeas sin movimiento comercial, hundidas como cuñas, como peñascos insensibles en las laderas de una montaña. Hombres sin ilusión alguna que emigran con frecuencia en busca del pan cotidiano que aquí les falta y mujeres prolíficas frente a una tierra casi estéril por el abandono en que se encuentra, la componen. Y miseria y egoísmo. Porque la miseria y el hambre hacen al hombre egoísta. En este aplanador silencio, vi sepultado todo el ritmo juvenil que impulsó mis aspiraciones. No me pesa. Las aldeas más olvidadas, más pobres, más incultas, necesitan de los espíritus más inquietos para que infiltren en ellas la inquietud y la vida que les falta. La salvación de una nación no se encuentra en las grandes ciudades donde la actividad y el dinamismo constante, abren senderos insospechados a la inteligencia, sino en estos lugares apartados en los que quedó, como un poso secular, un gran remanente de incultura, de analfabetismo y de oscurantismo estúpido. Comencé mi labor con cariño. Mis muchachos no sabían siquiera a qué provincia pertenecían. Habían ocho o diez que leían silabeando; los demás no conocían las letras. ¿Cómo era posible abordar con ellos problemas espirituales, de los que tan necesitada se encuentra la escuela rural? No obstante, lo intenté; lo seguiré intentando con verdadera preocupación, con devoción. Quisiera poder llevar a estas inteligencias que casi atrofió una eternidad de silencio en su torno, algo de lo que carecen. Que de la costra ruda que cubre estos cerebros jamás acostumbrados a pensar, se alzase la llama de la conciencia; que lleguen a ser hombres conscientes aunque abandonen algo la condición de hombres resignados

DOCTOR ANTONIO ROS

Oculista

EX-AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES
EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE
SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID
EX-PENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.
CONSULTA DE 11 A 2 SAGASTA, 13
CARTAGENA

CLINICA SANATORIO

(CON INTERNADO)

Situada en las Alamedas, a cargo del

DR. MIGUEL MARTINEZ MINGUEZ

Especialista en enfermedades de los ojos :-: Ayudante durante cinco años de la Clínica Oftalmológica de la Facultad de Medicina, de Madrid, y del sabio Profesor Doctor MÁRQUEZ, Catedrático de dicha Facultad

Consulta de 11 a 2.-LORCA